

**John Maynard Keynes, «*Las
posibilidades económicas de
nuestros nietos*»
(1930)***

I

En estos momentos estamos sufriendo un grave brote de pesimismo económico. Es habitual oír decir que la época de enorme progreso económico que caracterizó al siglo XIX ha llegado a su fin; que la rápida mejora del nivel de vida va a ralentizarse ahora —al menos en Gran Bretaña—; que es más probable que se produzca un declive de la prosperidad que una mejora en la década que tenemos por delante.

Creo que se trata de una interpretación totalmente errónea de lo que nos está sucediendo. No padecemos los achaques de la vejez, sino los dolores de crecimiento propios de unos cambios demasiado rápidos, el doloroso proceso de reajuste entre un período económico y otro. El aumento de la eficiencia técnica se ha producido a un ritmo más rápido del que nos permite hacer frente al problema de la absorción de mano de obra; la mejora del nivel de vida ha sido un poco demasiado rápida; el sistema bancario y monetario mundial ha impedido que los tipos de interés bajen tan rápido como requiere el equilibrio. Y, aun así, el despilfarro y la confusión resultantes no representan más del 7,5 % de la renta nacional; estamos malgastando una libra y seis peniques de cada libra, y solo nos quedan 18 chelines y 6 peniques, cuando, si fuéramos más sensatos, podríamos tener una libra; sin embargo, esos 18 chelines y 6 peniques equivalen a lo que habría sido una libra hace cinco o seis años. Olvidamos que en 1929 la producción física de la industria de Gran Bretaña fue mayor que nunca, y que el superávit neto de nuestra balanza exterior disponible para nuevas inversiones en el extranjero, tras pagar todas nuestras importaciones, fue mayor el año pasado que el de cualquier otro país, siendo de hecho un 50 % mayor que el superávit correspondiente de Estados Unidos. O, de nuevo —si se trata de hacer comparaciones—, supongamos que redujéramos nuestros salarios a la mitad, repudiáramos cuatro quintas partes de la deuda nacional y acumuláramos nuestro excedente de riqueza en oro estéril en lugar de prestarlo al 6 % o más; entonces nos pareceríamos a la ahora tan envidiada Francia. Pero, ¿sería eso una mejora?

La depresión mundial imperante, la enorme anomalía del desempleo en un mundo lleno de necesidades y los desastrosos errores que hemos cometido nos impiden ver lo que ocurre bajo la superficie y la verdadera interpretación de la tendencia de los acontecimientos. Pues predigo que ambos errores opuestos de pesimismo que ahora hacen tanto ruido en el mundo quedarán desmentidos en nuestra propia época: el pesimismo de los revolucionarios que piensan que las cosas están tan mal que nada puede salvarnos salvo un cambio violento, y el pesimismo de los reaccionarios que consideran que el equilibrio de nuestra vida económica y social es tan precario que no debemos arriesgarnos a ningún experimento.

Mi propósito en este ensayo, sin embargo, no es examinar el presente ni el futuro próximo, sino liberarme de las visiones cortoplacistas y alzar el vuelo hacia el futuro. ¿Qué nivel de vida económica podemos esperar razonablemente dentro de cien años? ¿Cuáles son las posibilidades económicas para nuestros nietos?

Desde los tiempos más remotos de los que tenemos constancia —retrocediendo, digamos, dos mil

**Espacio para
notas**
↓

posibilidades.
años antes de Cristo—hasta principios del siglo XVIII, no se produjo ningún cambio muy significativo en el nivel de vida del hombre medio que vivía en los centros civilizados de la Tierra. Altibajos, sin duda. Epidemias de peste, hambrunas y guerras. Épocas doradas. Pero ningún cambio progresivo ni radical. Algunos períodos quizá un 10 % mejores que otros —como mucho, un 100 % mejores— en los cuatro mil años que terminaron (digamos) en el año 1700 d. C.

Este lento ritmo de progreso, o falta de progreso, se debió a dos razones: a la notable ausencia de mejoras técnicas importantes y a la incapacidad de acumular capital.

La ausencia de inventos técnicos importantes entre la era prehistórica y los tiempos relativamente modernos es verdaderamente notable. Casi todo lo que realmente importa y que el mundo poseía al comienzo de la era moderna ya era conocido por el hombre en los albores de la historia. El lenguaje, el fuego, los mismos animales domésticos que tenemos hoy en día, el trigo, la cebada, la vid y el olivo, el arado, la rueda, el remo, la vela, el cuero, el lino y el tejido, los ladrillos y las vasijas, el oro y la plata, el cobre, el estaño y el plomo —y el hierro se añadió a la lista antes del año 1000 a. C.—, la banca, el arte de gobernar, las matemáticas, la astronomía y la religión. No hay constancia de cuándo poseímos estas cosas por primera vez.

En alguna época anterior al amanecer de la historia —quizá incluso en uno de los intervalos de bonanza previos a la última glaciación— debió de haber una era de progreso e invención comparable a aquella en la que vivimos hoy. Pero durante la mayor parte de la historia documentada no hubo nada por el estilo.

La era moderna se inició, creo, con la acumulación de capital que comenzó en el siglo XVI. Creo —por razones con las que no debo sobrecargar el presente argumento— que esto se debió inicialmente al aumento de los precios y a los beneficios a los que ello condujo, que fueron consecuencia del tesoro de oro y plata que España trajo del Nuevo Mundo al Viejo. Desde entonces hasta hoy, el poder de la acumulación mediante el interés compuesto, que parece haber permanecido latente durante muchas generaciones, renació y renovó su fuerza. Y el poder del interés compuesto a lo largo de doscientos años es tal que supera la imaginación.

Permítanme ilustrarlo con una cifra que he calculado. El valor de las inversiones extranjeras de Gran Bretaña se estima hoy en día en unos 4 000 000 000 de libras. Esto nos reporta unos ingresos a un tipo de interés de alrededor del 6,5 %. La mitad de esta cantidad la traemos a casa y la disfrutamos; la otra mitad, es decir, el 3,25 %, la dejamos acumular en el extranjero con interés compuesto. Algo así lleva sucediendo desde hace unos 250 años.

Y es que yo remonto los orígenes de la inversión británica en el extranjero al tesoro que Drake robó a España en 1580. En aquel año regresó a Inglaterra trayendo consigo el prodigioso botín de la «*Golden Hind*». La reina Isabel era una accionista importante del consorcio que había financiado la expedición. Con su parte, saldó la totalidad de la deuda externa de Inglaterra, equilibró su presupuesto y se encontró con unas 40 000 libras disponibles. Esta suma la invirtió en la Compañía del Levante, que prosperó. Con los beneficios de la Compañía del Levante se fundó la Compañía de las Indias Orientales; y los beneficios de esta gran empresa constituyeron la base de la posterior inversión extranjera de Inglaterra. Ahora bien, da la casualidad de que 40 000 libras, acumuladas a un interés compuesto del 3,6 por ciento, se corresponden aproximadamente con el volumen real de las inversiones extranjeras de Inglaterra en diversas fechas, y hoy en día ascenderían, de hecho, a un total de

4 000 000 000 de libras, cifra que ya he citado como el valor actual de nuestras

posibilidades.
inversiones actuales. Así pues, cada libra que Drake trajo a casa en 1580 se ha convertido ahora en 100.000 libras. ¡Tal es el poder del interés compuesto!

A partir del siglo XVI, con un crescendo acumulativo tras el siglo XVIII, comenzó la gran era de la ciencia y los inventos técnicos, que desde principios del siglo XIX ha estado en pleno apogeo: el carbón, el vapor, la electricidad, la gasolina, el acero, el caucho, el algodón, las industrias químicas, la maquinaria automática y los métodos de producción en masa, la radio, la imprenta, Newton, Darwin y Einstein, y miles de otras cosas y personas demasiado famosas y conocidas como para enumerarlas.

¿Cuál es el resultado? A pesar del enorme crecimiento de la población mundial, a la que ha sido necesario dotar de viviendas y máquinas, el nivel de vida medio en Europa y Estados Unidos se ha multiplicado, creo, por cuatro aproximadamente. El crecimiento del capital ha alcanzado una magnitud que supera con creces el centuplicado de lo que había conocido cualquier época anterior. Y, de ahora en adelante, no cabe esperar un aumento tan grande de la población.

Si el capital aumenta, digamos, un 2 % anual, el parque de bienes de equipo del mundo se habrá incrementado a la mitad en veinte años, y siete veces y media en cien años. Pensemos en ello en términos de bienes materiales: viviendas, transporte y similares.

Al mismo tiempo, las mejoras técnicas en la fabricación y el transporte han avanzado a un ritmo mayor en los últimos diez años que nunca antes en la historia. En Estados Unidos, la producción industrial per cápita fue un 40 % mayor en 1925 que en 1919. En Europa nos frenan obstáculos temporales, pero aun así se puede afirmar con seguridad que la eficiencia técnica está aumentando a una tasa compuesta superior al 1 % anual. Hay indicios de que los cambios técnicos revolucionarios, que hasta ahora han afectado principalmente a la industria, pronto podrían llegar a la agricultura. Es posible que estemos en vísperas de mejoras en la eficiencia de la producción alimentaria tan grandes como las que ya se han producido en la minería, la industria manufacturera y el transporte. Dentro de unos cuantos años —me refiero a que aún en nuestra vida— podríamos ser capaces de realizar todas las operaciones de la agricultura, la minería y la industria manufacturera con una cuarta parte del esfuerzo humano al que hemos estado acostumbrados.

Por el momento, la propia rapidez de estos cambios nos está perjudicando y planteando problemas difíciles de resolver. Los países que no se encuentran a la vanguardia del progreso son los que están sufriendo relativamente más. Nos está afectando una nueva enfermedad cuyo nombre quizá algunos lectores aún no conozcan, pero de la que oirán hablar mucho en los próximos años: *el desempleo tecnológico*. Se trata del desempleo debido a que nuestro descubrimiento de medios para economizar el uso de la mano de obra supera el ritmo al que podemos encontrar nuevos usos para ella.

Pero esto no es más que una fase temporal de desajuste. A la larga, todo esto significa *que la humanidad está resolviendo su problema económico*. Yo predeciría que, dentro de cien años, el nivel de vida en los países progresistas será entre cuatro y ocho veces superior al actual. Esto no tendría nada de sorprendente, incluso a la luz de nuestros conocimientos actuales. No sería descabellado contemplar la posibilidad de un progreso aún mucho mayor.

II

Supongamos, a efectos del argumento, que dentro de cien años todos nosotros, en promedio, estemos ocho veces mejor en términos económicos de lo que estamos

posibilidades hoy. Sin duda, no hay nada en ello que deba sorprendernos.

Ahora bien, es cierto que las necesidades de los seres humanos pueden parecer insaciables. Pero se dividen en dos clases: aquellas que son absolutas, en el sentido de que las sentimos independientemente de la situación en que se encuentren nuestros semejantes, y aquellas que son relativas, en el sentido de que solo las sentimos si su satisfacción nos eleva por encima de nuestros semejantes o nos hace sentir superiores a ellos. Las necesidades de la segunda clase, aquellas que satisfacen el deseo de superioridad, pueden ser, en efecto, insaciables; pues cuanto más alto es el nivel general, más altas son aún. Pero esto no es tan cierto en el caso de las necesidades absolutas: pronto se llegará a un punto —quizá mucho antes de lo que todos somos conscientes— en el que estas necesidades se satisfagan, en el sentido de que prefiramos dedicar nuestras energías a fines no económicos.

Ahora paso a mi conclusión, que, creo, os resultará cada vez más sorprendente para la imaginación cuanto más la meditéis.

Llego a la conclusión de que, suponiendo que no haya guerras importantes ni un aumento significativo de la población, el *problema económico* podría resolverse —o, al menos, estar a la vista de una solución— en el plazo de cien años. Esto significa que el problema económico no es —si miramos hacia el *futuro*— el *problema permanente de la raza humana*.

¿Por qué, se preguntarán, resulta esto tan sorprendente? Es sorprendente porque —si, en lugar de mirar hacia el futuro, miramos hacia el pasado— descubrimos que el problema económico, la lucha por la subsistencia, siempre ha sido hasta ahora el problema principal y más acuciante de la raza humana; no solo de la raza humana, sino de todo el reino biológico desde los inicios de la vida en sus formas más primitivas.

Así pues, la naturaleza nos ha hecho evolucionar expresamente —con todos nuestros impulsos e instintos más profundos— con el fin de resolver el problema económico. Si se resuelve el problema económico, la humanidad se verá privada de su propósito tradicional.

¿Será esto un beneficio? Si uno cree siquiera en los valores reales de la vida, esta perspectiva al menos abre la posibilidad de un beneficio. Sin embargo, pienso con temor en el reajuste de los hábitos e instintos del hombre común, inculcados en él durante innumerables generaciones, que tal vez se le pida que descarte en el plazo de unas pocas décadas.

Por decirlo en el lenguaje de hoy, ¿no debemos esperar una «crisis nerviosa» generalizada? Ya tenemos una pequeña experiencia de lo que quiero decir: una crisis nerviosa del tipo que ya es bastante común en Inglaterra y en Estados Unidos entre las esposas de las clases acomodadas, mujeres desafortunadas, muchas de ellas, a quienes su riqueza ha privado de sus tareas y ocupaciones tradicionales —que, al carecer del estímulo de la necesidad económica, no encuentran lo suficientemente entretenido cocinar, limpiar y remendar, pero son totalmente incapaces de encontrar algo más entretenido—.

Para quienes sudan por ganarse el pan de cada día, el ocio es un dulce anhelo... hasta que lo consiguen.

He aquí el epitafio tradicional que la vieja limpiadora escribió para sí misma:

No me lloréis, amigos, no lloréis por mí jamás, pues voy a
no hacer nada por los siglos de los siglos.

posibilidades

Ese era su paraíso. Al igual que otros que esperan con ansias el ocio, imaginaba lo agradable que sería pasar el tiempo escuchando, pues había otra estrofa que aparecía en su poema:

Los cielos resonarán con salmos y dulce música, pero yo no
tendré nada que ver con el canto.

Sin embargo, solo para aquellos que tienen que ver con el canto será la vida tolerable, ¡y cuán pocos de nosotros sabemos cantar!

Así, por primera vez desde su creación, el hombre se enfrentará a su verdadero y permanente problema: cómo hacer uso de su libertad frente a las preocupaciones económicas apremiantes, cómo ocupar el tiempo libre que la ciencia y el interés compuesto le habrán proporcionado, para vivir con sabiduría, de forma agradable y bien.

Los incansables y decididos generadores de riqueza pueden arrastrarnos a todos con ellos hacia el seno de la abundancia económica. Pero serán aquellos pueblos que puedan mantener vivo y cultivar hasta alcanzar una perfección más plena el arte de la vida misma —y que no se vendan a cambio de los medios de subsistencia— los que podrán disfrutar de la abundancia cuando llegue.

Sin embargo, no hay ningún país ni ningún pueblo, creo, que pueda esperar con ilusión la era del ocio y de la abundancia sin cierto temor. Porque llevamos demasiado tiempo acostumbrados a esforzarnos y no a disfrutar. Para la persona corriente, sin talentos especiales, es un problema aterrador saber cómo ocuparse, sobre todo si ya no tiene raíces en la tierra, en las costumbres o en las queridas convenciones de una sociedad tradicional. A juzgar por el comportamiento y los logros de las clases adineradas de hoy en día en cualquier rincón del mundo, ¡el panorama es muy deprimente! Pues estos son, por así decirlo, nuestra vanguardia: aquellos que están explorando la tierra prometida para el resto de nosotros y acampando allí. Y es que, según me parece, la mayoría de ellos —aquellos que cuentan con ingresos independientes, pero carecen de relaciones, obligaciones o vínculos— han fracasado estrepitosamente a la hora de resolver el problema que se les ha planteado.

Estoy convencido de que, con un poco más de experiencia, utilizaremos la recién descubierta generosidad de la naturaleza de forma muy diferente a como la utilizan hoy los ricos, y trazaremos para nosotros mismos un plan de vida muy distinto al suyo.

Durante muchas generaciones por venir, el viejo Adán seguirá siendo tan fuerte en nosotros que todo el mundo necesitará realizar algún tipo de trabajo para sentirse satisfecho. Haremos más cosas por nosotros mismos de lo que es habitual entre los ricos de hoy en día, que se contentan con tener pequeñas obligaciones, tareas y rutinas. Pero, más allá de esto, nos esforzaremos por repartir el pan finamente sobre la mantequilla —es decir, por hacer que el trabajo que aún quede por hacer se reparta lo más ampliamente posible. Los turnos de tres horas o una semana laboral de quince horas podrían posponer el problema durante mucho tiempo. ¡Porque tres horas al día son más que suficientes para satisfacer al viejo Adán que hay en la mayoría de nosotros!

También hay cambios en otros ámbitos que debemos esperar que se produzcan. Cuando la acumulación de riqueza deje de tener una gran importancia social, se producirán grandes cambios en el código moral. Podremos librarnos de muchos de los principios pseudomorales que nos han atormentado durante doscientos años, y que nos han llevado a elevar algunas de las cualidades humanas más desagradables a la categoría de las virtudes más elevadas. Podremos permitarnos atrevernos a valorar el afán de lucro en su verdadero valor. El amor al dinero como posesión —a diferencia del amor al dinero como medio para alcanzar los placeres y las realidades de la vida— será reconocido por lo que es: una

posibilidades repugnante morbosidad, una de esas propensiones semicriminales y semipatológicas que, con un estremecimiento, se remiten a los especialistas en enfermedades mentales. Todo tipo de costumbres sociales y prácticas económicas que afectan a la distribución de la riqueza y de las recompensas y sanciones económicas —y que ahora mantenemos a toda costa, por muy desagradables e injustas que sean en sí mismas, porque resultan tremendamente útiles para promover la acumulación de capital—, podremos entonces, por fin, descartarlas.

Por supuesto, seguirá habiendo muchas personas con una intensa y insatisfecha orientación hacia un fin que perseguirán ciegamente la riqueza —a menos que puedan encontrar algún sustituto plausible—. Pero el resto de nosotros ya no tendremos ninguna obligación de aplaudirlas ni animarlas. Pues indagaremos con más curiosidad de la que hoy resulta segura en el verdadero carácter de esta «orientación hacia un fin» con la que, en diversos grados, la naturaleza nos ha dotado a casi todos. Y es que la «intencionalidad» significa que nos preocupan más los resultados futuros y remotos de nuestras acciones que su propia calidad o sus efectos inmediatos sobre nuestro propio entorno. El hombre «intencional» siempre está tratando de asegurar una inmortalidad espuria y engañosa para sus actos, proyectando su interés en ellos hacia el futuro. No ama a su gato, sino a los gatitos de su gato; ni, en realidad, a los gatitos, sino solo a los gatitos de los gatitos, y así sucesivamente para siempre hasta el fin del reino felino. Para él, la mermelada no es mermelada a menos que se trate de mermelada para mañana y nunca mermelada para hoy. Así, al proyectar siempre su mermelada hacia el futuro, se esfuerza por asegurar la inmortalidad a su acto de hervirla.

Permítanme recordarles al profesor de **Sylvie y Bruno**:

—Solo es el sastre, señor, con su pequeña factura —dijo una voz mansa desde fuera de la puerta.

—Ah, bueno, pronto podré resolver su asunto —dijo el profesor a los niños—, si esperáis un momento. ¿Cuánto es este año, amigo? —El sastre había entrado mientras hablaba.

—Bueno, lleva tantos años duplicándose, ya ve —respondió el sastre, un poco malhumorado—, y creo que me gustaría cobrar el dinero ahora. ¡Son dos mil libras!

—¡Oh, eso no es nada! —comentó el profesor con indiferencia, mientras se palpaba el bolsillo, como si siempre llevara consigo al menos esa cantidad—. Pero ¿no te gustaría esperar solo un año más y que fueran cuatro mil? ¡Piensa en lo rico que serías! ¡Vaya, podrías ser rey, si quisieras!

—No sé si me importaría ser rey —dijo el hombre pensativo—. ¡Pero sí que suena a un montón de dinero! Bueno, creo que esperaré...

—¡Por supuesto que lo harás! —dijo el profesor—. Veo que tienes sentido común. ¡Que tengas un buen día, amigo!

«¿Tendrás que pagarle alguna vez esas cuatro mil libras?», preguntó Sylvie mientras la puerta se cerraba tras el acreedor que se marchaba.

«¡Nunca, hija mía!», respondió el profesor con énfasis. «Seguirá duplicándolo hasta que muera. Ya ves, ¡siempre merece la pena esperar un año más para conseguir el doble de dinero!».

Quizá no sea una casualidad que la raza que más contribuyó a llevar la promesa de la inmortalidad al corazón y la esencia de nuestras religiones sea también la que más ha hecho por el principio del interés compuesto y la que más ama esta institución humana tan llena de sentido.

Me parece, por tanto, que somos libres para volver a algunos de los principios más seguros y ciertos de la religión y la virtud tradicional: que la avaricia es un vicio, que la exigencia de usura es una falta, y que el amor al dinero es detestable; que quienes caminan más fielmente por los senderos de la virtud y la sabiduría sensata son aquellos que menos se preocupan por

posibilidades
El mañana. Volveremos a valorar los fines por encima de los medios y a preferir lo bueno a lo útil. Honraremos a quienes puedan enseñarnos a aprovechar la hora y el día de forma virtuosa y plena, a esas personas encantadoras capaces de disfrutar directamente de las cosas, a los lirios del campo que no trabajan ni hilan.

¡Pero cuidado! Aún no ha llegado el momento para todo esto. Durante al menos otros cien años tendremos que fingir, ante nosotros mismos y ante todos, que lo bello es feo y lo feo es bello; pues lo feo es útil y lo bello no lo es. La avaricia, la usura y la precaución deben seguir siendo nuestros dioses durante un poco más de tiempo. Porque solo ellas pueden sacarnos del túnel de la necesidad económica y llevarnos a la luz del día.

Espero, por tanto, que en un futuro no muy lejano se produzca el mayor cambio que jamás haya tenido lugar en el entorno material de la vida de los seres humanos en su conjunto. Pero, por supuesto, todo sucederá de forma gradual, no como una catástrofe. De hecho, ya ha comenzado. El curso de los acontecimientos consistirá simplemente en que habrá clases y grupos de personas cada vez más numerosos de los que se habrán eliminado prácticamente los problemas de necesidad económica. La diferencia fundamental se hará patente cuando esta situación se haya generalizado hasta tal punto que cambie la naturaleza del deber de cada uno hacia su prójimo. Pues seguirá siendo razonable actuar con fines económicos en beneficio de los demás incluso cuando haya dejado de serlo para uno mismo.

El ritmo al que podamos alcanzar nuestro destino de felicidad económica vendrá determinado por cuatro factores: nuestra capacidad para controlar la población, nuestra determinación para evitar guerras y disensiones civiles, nuestra disposición a confiar a la ciencia la dirección de aquellos asuntos que son propiamente de su competencia, y la tasa de acumulación fijada por el margen entre nuestra producción y nuestro consumo; de los cuales este último se resolverá fácilmente por sí solo, dadas las tres primeras condiciones.

Mientras tanto, no habrá nada de malo en hacer preparativos moderados para nuestro destino, en fomentar y experimentar tanto en las artes de la vida como en las actividades con un propósito definido.

Pero, sobre todo, no sobreestimemos la importancia del problema económico, ni sacrifiquemos a sus supuestas necesidades otros asuntos de mayor y más permanente importancia. Debería ser un asunto para especialistas, como la odontología. Si los economistas lograran que se les considerara personas humildes y competentes, al mismo nivel que los dentistas, ¡sería espléndido!

* Escaneado de John Maynard Keynes, **Essays in Persuasion**, Nueva York: W. W. Norton & Co., 1963, pp. 358-373.